

Número 25
Noviembre de 2007
Buenos Aires, Argentina

ISSN 0329-9309

Ventas: página 2

Subscripciones: página 10

Idea viva

GACETA DE CULTURA

PRIMERAS JORNADAS SOBRE ARTES, HUMANIDADES Y CIENCIAS



El Dr. Jorge V. Crisci, envuelto por la planta a la que dedicó su tesis doctoral (Philodendron undulatum); el guernicé

EDUARDO L. HOLMBERG y la Academia

POR JORGE V. CRISCI*

No encuentro mejor manera de celebrar la presentación de un libro sobre Eduardo Ladislao Holmberg de Horacio C. Reggini, que recordar la elocuencia melancólica del poeta Thomas Stearns Eliot cuando se preguntaba: "¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?"

Vivimos en una época que no sólo olvidó el lúcido pensamiento de Eliot, sino que cultiva además la sinonimia entre información, conocimiento y sabiduría.

El universo presenta ante nosotros lo que llamamos hechos, que son entidades o atributos del universo. Cuando registramos los hechos o hablamos acerca de ellos, esos hechos se transforman en información.

Cuando la información sobre un determinado grupo de hechos está organizada, tiene un contexto e intenta comprender los hechos, es conocimiento. Las distintas áreas de la actividad humana son sistemas de conocimiento en el sentido arriba mencionado. La botánica, la plomería, la zoología, el periodismo, la ingeniería, la mecánica, la filosofía, la literatura, la pintura, son todos ejemplos de sistemas de conocimiento.

Sabiduría es la habilidad de conocer y la voluntad de realizar la acción apropiada en una situación determinada. Inherente a la sabiduría encontramos un componente moral, ya que incluye la facultad de juzgar por la verdad, la bondad y la belleza y la de actuar por la igualdad, la libertad y la justicia. La sabiduría necesita siempre de más de un área de la actividad humana. Sin embargo, la erudición no es sinónimo de sabiduría, ya que

la sabiduría implica una valoración diferencial de los conocimientos. Uno puede tener un gran conocimiento del mundo pero carecer absolutamente de sabiduría.

Que un científico en Escocia haya logrado clonar una oveja es mera información. ¿Cómo la clonación se lleva a cabo? ¿Qué fundamentos biológicos están detrás de ella? ¿Cuán lejos en el tiempo estamos de poder clonar un ser humano? Son preguntas que respondemos con el conocimiento (en este caso científico). ¿Qué conocimientos necesitamos para evaluar la clonación y sus consecuencias? ¿Qué políticas tienen que desarrollarse para controlar los experimentos de clonación? ¿Cuáles son los beneficios y perjuicios que la clonación trae consigo? Son algunas de las preguntas que sólo se responden con sabiduría y que exigen la participación de más de un área de conocimiento y la valoración diferencial de esas participaciones.

Nuestra época no necesita, a mi entender, desarrollar aún más la ingeniería de la información (cómo generar, almacenar y distribuir más información y a mayor velocidad) sino aprender a transformar la información en conocimiento y a éste en sabiduría.

La ciencia no siempre ha sido una ayuda en esta confusión de conceptos, ya que a menudo propone un camino fallido a la sabiduría, como lo es la exagerada especialización científica. Intento éste que, sabiamente, José Ortega y Gasset denominó "la barbarie del especialismo" y que Roger Caillois, con no menos sabiduría, combatió con su alegato en favor de las ciencias diagonales: ciencias que se superpongan a las disciplinas establecidas y las obliguen al diálogo.

Si tuviésemos que cifrar la sabiduría y la amplitud de conocimientos en un solo nombre de nuestra historia ese nombre sería Holmberg. Eduardo Ladislao Holmberg conjugó en sí mismo y en su pensamiento esa sabiduría que



Eliot melancólicamente consideraba en vías de extinción: científico de las ciencias diagonales, naturalista, literato, humanista y fundamentalmente maestro. De firmes convicciones, Holmberg era talentoso, perseverante, optimista, generoso, creativo y albergaba una natural sencillez que rechazaba la soberbia. Nada de lo humano le fue ajeno y vivió una vida ejemplar digna de convertirse en el faro de épocas de desatinos como la que nos toca vivir.

Horacio C. Reggini ha emprendido en este volumen la difícil y benemérita tarea de rescatar esa luz que puede iluminar nuestro sendero hacia un futuro más civilizado. Semejante propósito, ejecutado con brillantez, rigor y amor, merece plenamente nuestro aplauso y nuestra gratitud conmovida.

No es casual que sea Horacio el que haya ejecutado tan noble tarea, pues los paralelos entre Holmberg y Reggini son algo más que los sitiales en las Academias. Horacio cultiva con talento las ciencias diagonales, posee un oído finísimo al que no se le escapa el menor diapason de la época y nos conmueve con su pasión sin límites por contribuir al progreso de la cultura.

A principios del siglo XXI la publicación de un libro sobre Holmberg de Horacio C. Reggini es un canto de esperanza que nos permite soñar con la sabiduría. Pero no la falsa sabiduría de la soberbia, cuyo destino final es la fama, el dinero o el poder sino, al decir de T. S. Eliot: "a la única sabiduría a la que podemos aspirar, la de la humildad, que es infinita". ©

*Miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Palabras pronunciadas en la presentación del libro de Dr. Horacio C. Reggini *E. L. Holmberg y la Academia*.